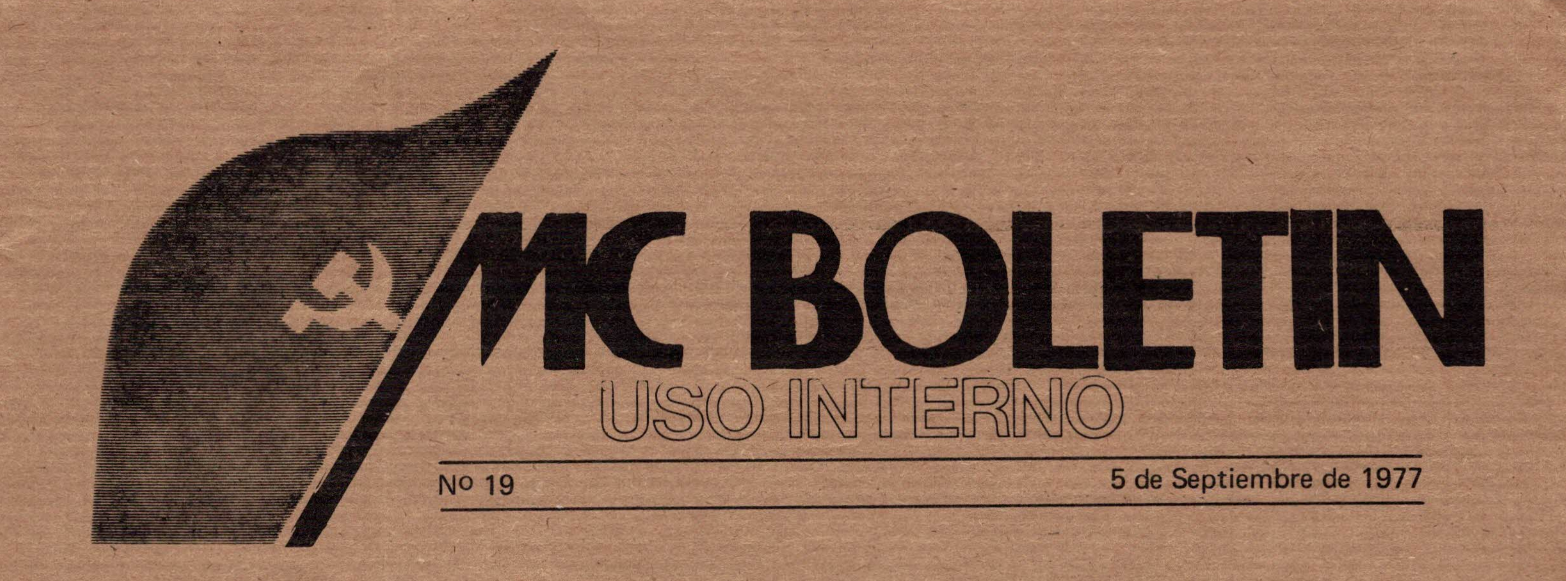



Nº 19 5 de Septiembre de 1977





## Documentos

RESOLUCION DEL COMITE CENTRAL
SOBRE LA PREPARACION DE NUESTRO II CONGRESO
Pag. 1

## Cuestiones de organización

SOBRE LA NECESIDAD DE UN PROCESO DE CONSOLIDACION
IDEOLOGICA; POLITICA Y ORGANIZATIVA DEL PARTIDO
Pag. 2

## Temas políticos

SOBRE LA ACCION EN FAVOR DE UN GOBIERNO DE LA IZQUIERDA
Pag. 7

## Estudio/Formación

ESQUEMA PARA EL ESTUDIO DEL LIBRO DE SANTIAGO CARRILLO
"EUROCOMUNISMO Y ESTADO"
Pag. 12


MOVIMIENTO COMUNISTA




## RESOLUCION DEL COMITE CENTRAL SOBRE LA PREPARACION DE NUESTRO II CONGRESO

1.– El principal objetivo de nuestro II Congreso es el de reforzar el Partido, consolidándolo en los planos ideológico, político y organizativo.

2.– El C.C. se encargará de proporcionar al Partido los materiales necesarios con el fin de que pueda intensificarse el estudio, de manera que la discusión sobre el articulado del proyecto de Estatutos y sobre otros proyectos de resoluciones repose sobre la existencia en nuestras filas de unas posiciones de principio más asentadas y sobre un mayor conocimiento de las concepciones marxistas-leninistas y de nuestra propia experiencia.

3.– El C.C. se ocupará, asimismo, de elaborar nuevos proyectos de resoluciones sobre la orientación de nuestra actividad política y nuestra concepción del socialismo, con el fin de que el Congreso tome posición sobre el conjunto de temas políticos que merezcan una mayor atención atención y no, como preveíamos inicialmente, sobre un temario restringido a los Estatutos y al nombre del Partido. Queda, por lo tanto, descartada la idea de hacer dos Congresos consecutivos y complementarios.

4.– Con el objeto de regular el desarrollo de la preparación del Congreso, el C.C. redactará en breve plazo un reglamento unificado para todo el Partido. Se fijará igualmente un calendario indicativo, partiendo de la base de que es necesario que el Congreso se celebre dentro del primer trimestre de 1978.

El Comité Central
3 de Septiembre de 1977

# Cuestiones de organización

## CIRCULAR DEL COMITE CENTRAL

### SOBRE LA NECESIDAD DE UN PROCESO DE CONSOLIDACION IDEOLOGICA, POLITICA Y ORGANIZATIVA DEL PARTIDO

Queridos camaradas,

Deseamos, en esta carta circular, examinar los problemas por los que atraviesa el Partido y ajustar, a partir de ellos, los pasos que hemos de dar en el futuro inmediato.

Para comprender bien nuestra situación actual entendemos que es conveniente volver la vista atrás y repasar nuestra historia. En ella se encuentran las raices de muchos de nuestros problemos y las claves para hallar su solución.

## LAS DISTINTAS FASES DE LA HISTORIA DEL PARTIDO

La **primera fase** de nuestra historia podemos situarla entre 1967 y 1972. En este período empiezan a configurarse las fuerzas que habían de dar lugar a la formación del M.C. A lo largo de estos años fueron despegando los núcleos que participaron en la fundación del Partido, en lucha tanto contra el revisionismo como contra las desviaciones de "izquierda" ultrasectarias y dogmáticas. En ese tiempo también se afirmaron entre nosotros los grandes principios revolucionarios que han guiado toda nuestra acción desde entonces: el de la dictadura del proletariado; el de la revolución armada; el del internacionalismo proletario; el de la defensa, aplicación y desarrollo del marxismo, como teoría de la revolución socialista; el de la lucha contra el oportunismo; el de la búsqueda de la unidad con las masas; el del centralismo democrático y el de la selección de los militantes del Partido de vanguardia.

Fue un período fecundo de nuestra historia, pese a que, como es natural, la falta de experiencia y la juventud de los primeros miembros del Partido, así como su comprensión aún bastante limitada del marxismo y su débil conocimiento de la realidad de nuestra sociedad, determinaron una actividad política ciertamente insuficiente y con no pocos defectos.

La **segunda fase** de nuestra historia abarca dos años y medio: los comprendidos entre comienzos de 1972 y mediados de 1974.

Durante este tiempo, se intensifica la acción en pos de la unidad de los grupos que manifestaban unas posiciones más afines respecto a las grandes cuestiones del marxismo y de la revolución en el Estado español.

Esta fase se caracteriza, igualmente, por un notable fortalecimiento de nuestra ideología en torno al marxismo, al leninismo y, de un modo particularmente acusado, al pensamiento Mao Tsetung.

Virtudes específicas de nuestro desarrollo durante ese tiempo fueron, también, la intensificación de la vida partidista (estudio, crítica y autocrítica, aplicación estricta del principio de selección, gran interés por las cuestiones organizativas, estilo de trabajo ordenado) y una labor entre las masas orientada de acuerdo a una correcta línea de masas (en la que jugó un papel muy destacado la influencia positiva del pensamiento de Mao Tsetung).

Estos progresos fueron unidos, sin duda, a algunas insuficiencias, entre las que cabe resaltar: la definición de una línea estratégica basada en principios justos pero excesivamente esquemática y general, y en la que tenían bastante peso las consideraciones abstractas, las ideas preconcebidas sobre nuestra propia realidad y la imitación de concepciones u orientaciones de otras revoluciones, especialmente de la revolución china; la falta de una táctica general de lucha contra el fascismo medianamente desarrollada, así como de tácticas sectoriales y de los diversos frentes de lucha; un conocimiento de la realidad concreta —interior e internacional— muy escaso.

La **tercera fase** de nuestra historia arranca de mediados de 1974 y se prolonga hasta la actualidad, si bien podemos pensar que el Partido está entrando ya en una nueva época de su vida.

Son varios los fenómenos que habrían de facilitar una maduración política del Partido, entre los que figuran los acontecimientos de Portugal —de Abril de ese año— y los signos que anunciaban el comienzo de la política de "reforma" del régimen franquista.

Estos hechos, y el lógico incremento de la capacidad política e ideológica del Partido, dan lugar, de un modo muy concreto, a una profundización de nuestras ideas sobre la penetración económica norteamericana en el Estado español —cuestión de grandes repercusiones sobre nuestra política— y a un mejor conocimiento de las relaciones entre el capitalismo español y el régimen fascista, lo que nos conduce a prever la posibilidad —anteriormente rechazada— de una evolución política hacia un tipo de régimen democrático-burgués.

Esta fase ha significado, por tanto, un mayor y mejor conocimiento de la realidad y una política más acorde con esa realidad; una política, al mismo tiempo, enriquecida en muchos aspectos, capaz de orientar nuestra labor en numerosos terrenos. La línea política general, aprobada en nuestro primer Congreso, en verano de 1975, pese a contener defectos propios de la fase anterior, supone ya importantes avances en este sentido. Como los suponen las líneas tácticas que se van precisando tanto en relación a la lucha general antifascista como en lo que se refiere a la política a aplicar en cada nacionalidad y región o en cada frente de lucha. El Partido se esfuerza por desplegar una acción política intensa, con un eco real sobre la vida política, flexible, diversificada. El Partido se da a conocer a sectores a los que antes no llegaba y conoce un crecimiento muy rápido. En el plano organizativo se experimentan fórmulas que permitan adecuar nuestra estructura y nuestros métodos a unas circunstancias que se van modificando día a día, a medida que se profundiza la crisis del franquismo.

No obstante, la evolución del Partido en este período está marcada por algunos males.

Así, frente a la tendencia precedente a dejarse seducir por orientaciones estratégicas excesivamente generales y abstractas, brota una tendencia —que afecta a todo el Partido, en todos sus niveles— que puede calificarse de "tacticista" (poner la táctica en primer plano) o "practicista" (consumir el tiempo en problemas de corto alcance, de repercusiones inmediatas, sin reflexionar suficientemente sobre los problemas de carácter general, sin planificar a plazos más largos). El "localismo" va inseparablemente unido a todo esto (se ven las cuestiones casi exclusivamente en conexión con las realidades que se tienen más cerca, hay una despreocupación por las tareas de dirección centrales...) (*)

Tal evolución, por otra parte, ha tenido una clara expresión en el terreno organizativo. De una manera general se puede decir que ha faltado reflexión sobre los problemas organizativos, actuándose a menudo de una forma un tanto espontaneista ante las cuestiones de organización. Frente a la vida partidista de la fase anterior —excesivamente vuelta hacia adentro—, se ha registrado un exceso de signo contrario: se ha reducido hasta extremos graves el estudio en el interior del Partido; se ha debilitado la práctica de la crítica y de la autocrítica; se han abandonado los balances periódicos; se ha dejado de tomar el pulso al estado ideológico del Partido (**); ha habido un relajamiento de la disciplina, unido en ocasiones a la aparición de concepciones democraticistas; se ha observado un evidente descontrol y desinterés hacia los aspectos propiamente administrativos (orden, contabilidad de efectivos, planificación del trabajo, finanzas); se ha concedido una atención insuficiente a la vida de las células; se han ignorado a veces los criterios de selección en la admisión de nuevos militantes y en la promoción de cuadros —no teniéndose en cuenta en ciertos casos las condiciones ideológicas que son imprescindibles en todo cuadro comunista—; y, finalmente, ha habido unos conductos y unos métodos deficientes para unir los diferentes niveles y organizaciones del Partido y para llevar a cabo la necesaria centralización de la actividad partidista.

Todo esto es malo para el Partido. El Comité Central entiende que tiene una parte importante de responsabilidad en estos errores y desea hacer patente a todos los camaradas su más sincera autocrítica.

---

(*) Estas tendencias, de mantenerse, llevarían inevitablemente al Partido a una práctica oportunista: si la estrategia no está bien definida y no está presente en las discusiones internas y en la elaboración misma de las tácticas, no existen garantías de que éstas se establezcan de conformidad con nuestros objetivos revolucionarios.

(**) Estos puntos fueron pilares esenciales de la campaña de revolucionarización ideológica que tanto sirvió para consolidar el nuestro como un auténtico Partido comunista en la fase anterior. Dicha campaña —debido a la inmadurez del Partido en esa época (poco tiempo de vida, implantación reducida, comprensión no muy rica del marxismo...)— tomó frecuentemente un cariz demasiado volcado hacia aspectos excesivamente internos de la vida del Partido, o bien más marcadamente personales de lo necesario, o bien demasiado desligados de una práctica de lucha concreta... Pero qué duda cabe que ciertas fórmulas de ese período deberían ser puestas en circulación de nuevo: realización de balances periódicos por escrito; cauces regulares para el ejercicio sistemático de la crítica y la autocrítica; un control y una atención sistemáticos sobre las cuestiones ideológicas, etc.

Es cierto que, durante el último año, los organismos dirigentes han hecho un esfuerzo por enmendar estos errores.

Se ha venido prestando una mayor atención a las cuestiones estratégicas e ideológicas (*); se ha luchado contra las concepciones dogmáticas que aún tenían cierto peso en el Partido (**); se han impulsado planes de estudio —que han dado frutos valiosos allí donde se han realizado-; se han contrarrestado ciertas tendencias nocivas de carácter organizativo; se han puesto medios para tener un mejor conocimiento y control de la situación y de la actividad del conjunto del Partido y para poder ejercer mejor la función dirigente que compete al Comité Central y al Comité Ejecutivo (puesta en pie de una estructura dedicada a las cuestiones organizativas, edición del Boletín interno, nuevos textos de formación, dirección más próxima de varios activos, mayor contacto entre dirigentes y militantes etc.). Los efectos de estas medidas han empezado a notarse en los últimos meses.

## DE CARA AL II CONGRESO

No obstante, pese a esos esfuerzos, el Partido se encuentra ante problemas de cierta envergadura.

Esto se debe en parte a la situación política en la que nos movemos, especialmente tras las elecciones del 15 de Junio, situación relativamente desfavorable para la izquierda revolucionaria. El paso a la democracia burguesa se ha realizado en condiciones propicias para la burguesía, con una intervención indirecta de las masas populares, lo que dificulta indudablemente una mayor presencia de los partidos revolucionarios. El marco parlamentario creado está cortado a la medida de las fuerzas políticas conservadoras y favorece, en términos generales, a todos los Partidos reformistas, en perjuicio de las fuerzas revolucionarias. La misma forma en que se ha producido el proceso de cambio de régimen, por medio de reformas graduales y legales, fomenta el desarrollo del reformismo como ideología entre las masas. La conciencia de las amplias masas se inclina resueltamente hacia opciones revolucionarias cuando las soluciones a través de reformas no dan más de sí. El fracaso cosechado por la izquierda revolucionaria (con la excepción de Euskadi) contribuye también a dificultar nuestra labor. En el mismo sentido incide la distribución e instrumentalización de las grandes centrales sindicales por parte de los principales partidos reformistas, lo que —por lo que a nosotros respecta— es fuente de grandes frenos para nuestra acción sindical. Tampoco nos ayuda la desaparición o poco menos de varios de nuestros aliados anteriores. Por otra parte, la división de la izquierda revolucionaria suscita entre las masas una inevitable confusión en relación a lo que significamos, crando nuevos obstáculos para nuestra actividad.

Todos estos hechos hacen que nuestro Partido se vea sometido a una presión exterior tendente a dificultar el aumento de su influencia en la vida política.

Desde luego, existen otros factores positivos que contribuyen a nuestro desarrollo como son: nuestra presencia considerable en el seno de las masas populares; el aprendizaje político que ha venido haciendo el Partido y que nos permite afrontar en mejor situación los problemas que se nos hayan de plantear; la existencia de múltiples factores de lucha en nuestra sociedad que han de hacer factible una acción de masas más o menos amplia y el consiguiente afianzamiento del movimiento revolucionario; él todavía reducido poder de control de las centrales sindicales sobre la acción de las masas; los derechos democráticos que se enmarcan en el actual sistema parlamentario; las propias contradicciones que afectan a la burguesía y a sus representantes políticos...

No todo, por lo tanto, presiona en el sentido de obstaculizar nuestro crecimiento aunque, como es obligado constatar, hoy las tendencias reformistas se están reforzando con más facilidad que las revolucionarias, y el movimiento revolucionario obtiene menos éxitos que hace dos o tres años.

Naturalmente, nuestros problemas actuales no se deben exclusivamente a las dificultades externas, a las dificultades creadas por la situación política surgida del 15 de Junio. En ellos tienen también mucha influencia nuestras propias debilidades ideológicas, políticas y organizativas, a las que nos hemos referido más arriba. Son debilidades que, como decíamos, han empezado a ser superadas pero solo parcialmente.

---

(*) Cabe aludir aquí al tratamiento de nuevos problemas de carácter estratégico y a la introducción en el Partido de temas fundamentales, tales como la problemática de la liberación femenina.

(**) A veces, sin embargo, al desplegar esta lucha contra el dogmatismo sin suficiente dirección por parte de los organismos responsables y sin que hubiera unas concepciones comunistas suficientemente sólidas, se han producido ciertos vacíos ideológicos, al calor de los cuales han podido surgir posiciones erróneas y desdibujarse ciertos principios (esto ha sucedido, en ocasiones, con el principio de centralismo democrático y con el de selección). A ello ha podido contribuir también el que la evolución de nuestras concepciones sobre determinadas cuestiones no haya ido siempre acompañada de un análisis crítico sobre nuestras concepciones anteriores.

¿Qué relación guarda todo esto con la preparación del Congreso? A nuestro juicio guarda una relación muy estrecha sobre la que deseamos detenernos.

Las discusiones habidas sobre los materiales pasados por el Comité Central para preparar el Congreso han puesto de relieve que, a resultas de la escasa atención que hemos prestado durante estos últimos años a la formación ideológica, existe en nuestras filas una base de principios menos sólida de lo que pensábamos y un desconocimiento relativamente acusado de conceptos fundamentales del marxismo, del leninismo, del pensamiento Mao Tse-tung. Nuestra propia experiencia es también poco conocida.

Nuestro cálculo, por lo tanto, ha sido erróneo: en estas condiciones no se pueden plantear, como cuestiones centrales para el Congreso y como temas básicos en su preparación, un Proyecto de Estatutos, con una breve presentación, y una propuesta sobre la conveniencia o inconveniencia de incluir el nombre de comunista en nuestras siglas.

Lo primero, lo esencial, es afianzar la base ideológica y política comunista del Partido, y sólo sobre esa base se pueden plantear temas como los propuestos inicialmente para el II Congreso.

Las primeras discusiones sobre el Proyecto de Estatutos de las que tenemos noticia lo prueban claramente: entre los camaradas no existe un lenguaje suficientemente unificado, tras las discusiones sobre los Estatutos laten a menudo divergencias de concepción que quedan en segundo plano, surgen debates sobre la base de un desconocimiento bastante grande de conceptos marxistas fundamentales... Todo ello, insistimos, es perfectamente explicable si recordamos los defectos de nuestro funcionamiento interno en este último período y la principal responsabilidad de que esto sea así atañe a los órganos dirigentes.

Nuestra conclusión es clara: la insuficiente cohesión ideológica y los insuficientes conocimientos marxistas, hacen que sea erróneo poner en primer plano una discusión sobre los Estatutos o el nombre del Partido. Sería una discusión superficial. Tendría sentido si el Partido estuviera más fuerte ideológica y políticamente. No siendo así es un falso planteamiento. Lo de menos es que se aprueben o que se rechacen determinados Estatutos. Lo de más es que la discusión y la decisión estaría viciada desde su origen: sería una discusión y una decisión superficial que admitiría después todo tipo de interpretaciones y que no aseguraría la unidad plena en torno a lo aprobado.

Creemos, pues, que hay que modificar el plan inicialmente trazado:

Antes de pasar a la discusión y a la síntesis, en vistas a tomar una decisión sobre el Proyecto de articulado de los Estatutos, es preciso intensificar —durante cierto tiempo— el estudio sobre las concepciones marxistas y sobre nuestra propia experiencia, en torno —especialmente— a la política nacional y el internacionalismo, y a los principios de organización del Partido comunista. Conocer el punto de vista de los autores marxistas y lo que ha aprendido el partido a lo largo de su historia sobre estos temas resulta imprescindible para dar sentido a la discusión sobre el articulado de nuestros futuros Estatutos. Discutiendo primero los problemas de fondo, se podrá entrar después, con conocimiento de causa, de una manera seria y bien fundada, sin precipitación, en el debate acerca del articulado estatutario (*).

Esto, naturalmente, nos lleva a manejar unos plazos más largos en la preparación del Congreso a los previstos anteriormente. Siendo así, ¿qué se opone a que —si el Congreso va a tener lugar más tarde de lo que deseábamos— entren dentro de su programa otros temas que antes considerábamos necesario posponer en vistas a dotarnos lo antes posible de unos nuevos Estatutos y de un nuevo nombre? Planteado así el problema, el C.C. ha acordado incluir en el temario del Congreso nuevas cuestiones relativas a nuestra orientación política e ideológica, con la que desaparecerían las desventajas del plan de partida de hacer dos Congresos consecutivos y complementarios. De este modo, el Congreso sería algo más tarde de lo deseado pero sería uno solo y más completo (**).

El Congreso, todo Congreso, debe ser un medio para aumentar la unidad y la cohesión del Partido. Nuestro II Congreso ha de servir para esto. Y para que así sea es preciso que no se haga con precipitación sino que sea el punto culminante del proceso de consolidación del Partido en lo ideológico, lo político y lo organizativo. Poco importa que el Congreso se celebre más tarde de lo previsto si verdaderamente sirve para lograr estos fines.

Queremos precisar, por último, que este proceso no se puede entender como un encerrarse el Partido en sí mismo, paralizando nuestra actividad política hacia fuera. Por el

(*) De esta forma, además será posible una mayor participación del conjunto de militantes en las discusiones, cosa que se ha echado en falta hasta ahora.

(**) La ampliación de los temas del Congreso ha sido pedida por muchos camaradas, que la consideraban deseable aún a costa de que llevara consigo la celebración del mismo en un plazo más largo.

contrario, hoy más que nunca es necesario incrementar nuestros esfuerzos encaminados a reforzar nuestra presencia y nuestra labor entre las masas y de cara a la opinión pública. Las tareas destinadas a lograr este objetivo han de merecer buena parte de nuestro tiempo aunque esto redunde en una mayor lentitud en la preparación del Congreso. Hemos de redoblar nuestra acción entre las masas y promover y dirigir luchas de todo orden; hemos de preparar concienzudamente las elecciones municipales y las de Comités de Empresa y empeñarnos en ellas a fondo; hemos de tomar el mayor número de iniciativas políticas de cara al Parlamento y a los temas políticos de mayor actualidad; hemos de desplegar una acción entre los Partidos que nos situamos a la izquierda del PCE y a lograr una mayor aproximación entre aquellos que tenemos más afinidades; hemos de intensificar nuestra presión en los movimientos de masas —en pos de la unidad, de su democratización, del reforzamiento de las corrientes revolucionarias en su interior, de su participación en las luchas; hemos de reactivar nuestra labor de promoción pública del Partido, en la que es imprescindible ganar terreno. Todo ello es esencial y no puede separarse del proceso de rectificación y consolidación interna en el que nos hallamos comprometidos.

Recibid los saludos fraternales de vuestros camaradas del

Comité Central
3 de Septiembre de 1977

# Temas políticos

## SOBRE LA ACCION EN FAVOR DE UN GOBIERNO DE UNIDAD DE LA IZQUIERDA

*El presente escrito ha sido estudiado y aprobado en el Comité Central en su reunión de los días 3 y 4 de septiembre.*

*No pretende ser un documento de alcance puramente táctico, relacionado sólamente con los problemas más inmediatos. Por el contrario, esboza una perspectiva general para nuestra acción política en las condiciones propias del régimen parlamentario burgués. Si bien su propósito no es precisar la solución concreta de las cuestiones tácticas más urgentes, parece claro que estas cuestiones deberán ser examinadas dentro de la perspectiva general trazada en este escrito.*

*Hay que advertir, en fin, que este texto no está redactado con la finalidad de que sea hecho público sino que sirva de documento de trabajo del Partido.*

### POSICION GENERAL ANTE EL PROBLEMA

1.— El marco de la actividad política de las masas viene determinado por diversas circunstancias históricas, entre las que figura el tipo de régimen a través del cual ejerce la burguesía su dominación. Así, los cauces y los métodos de esa acción política difieren sensiblemente en las condiciones del fascismo y en las de la democracia burguesa. Esta última lleva consigo unos hechos (elecciones, formación de partidos parlamentarios, labor en el interior de los Parlamentos y de las instituciones en general, composición de los Gobiernos de acuerdo con los resultados electorales) que ejercen una influencia importante sobre la conciencia de las masas populares. El mantenimiento de estas vías, el ejercicio de buena parte de la actividad política a través de ellas, la obtención de algunos resultados por esos conductos alimentan inevitablemente las ilusiones de las masas acerca de la utilidad que presenta para ellas la lucha dentro del sistema de representación electoral y parlamentario de la democracia burguesa. Igualmente, si se cierran esas vías democrático-parlamentarias o si queda manifiestamente demostrado que los objetivos que se pueden alcanzar en su interior son harto limitados, la formación de la conciencia de las amplias masas —y en especial de las masas de izquierda— puede experimentar un desarrollo, incrementándose en ella los componentes revolucionarios.

Hoy, y a lo largo de todo un período cuya duracción no podemos predecir, las elecciones, el Parlamento y la formación de los Gobiernos merecerán la atención de las amplias masas populares que verán en esos medios un camino para mejorar su condición. Millones y millones de personas de las clases populares desearán vivamente que "la izquierda" (en términos más o menos concretos, referida a unos u otros partidos) sea mayoritaria en las elecciones y pueda formar Gobierno para que "esto Cambie".

2.— El tema ha cobrado indudable actualidad con las elecciones del pasado 15 de Junio. En ellas ha habido mayorías electorales de izquierda en Catalunya, el País Valencià, Asturies y Andalucía. Si se considera el conjunto del Estado, se ha rozado la posibilidad de que los partidos de izquierda fueran mayoritarios. La participación en ellas de los jóvenes comprendidos entre los 18 y los 21 años de edad, su celebración en unas condicciones más democráticas —con un período previo de información y libertad más amplio, con mayores garantías democráticas, y con una ley electoral auténticamente proporcional— y la superación de la división de la izquierda hubieran bastado muy probablemente para que hoy se pudiera hablar de una mayoría electoral de izquierdas.

Los altos porcentajes de votos alcanzados por la izquierda permiten pensar en la posibilidad, tal vez no muy lejana, de que los partidos de izquierda recojan los votos de la mayor parte del electorado, abriendo paso a la formación de un Gobierno de izquierda.

Esta posibilidad se ve reforzada por las actuales luchas internas en la UCD y por las dificultades que va a tener para capear la crisis económica, lo que puede acentuar su desgaste (1). El ascenso electoral de la izquierda que cabe prever en Francia e Italia puede, a su vez, aumentar las aspiraciones de las masas de izquierda de ver formarse un Gobierno de izquierda.

No se puede pensar, no obstante, que la salida pueda ser hoy considerada como la más probable. En realidad, las opciones más probables son hoy tres: el mantenimiento de un Gobierno como el actual, de centro derecha; la ampliación de este Gobierno hacia la izquierda (abierto quizá al PSOE), es decir, una fórmula de centro-izquierda; la quiebra del dominio del centro y la victoria electoral de una izquierda en la que el PSOE aparece como la fuerza hegemónica, pudiendo formar Gobierno sin tener que incluir en él al PC (2).

3.— ¿Cómo enjuiciar no ya tal o cual Gobierno de izquierda que pudiera llegar a formarse sino **la corriente, el conjunto de factores que empujan hacia la constitución de un Gobierno de izquierda?**

Esta corriente representa un fenómeno doble y contradictorio.

Por un lado, es la expresión de las ambiciones de políticos reformistas cuyo objetivo fundamental es encaramarse al Gobierno, aunque sea al precio de practicar para ello una política de colaboración con la burguesía y de renuncia a las metas revolucionarias del socialismo.

Por otro lado, el reflejo de la voluntad de cambio que late en las masas trabajadoras, voluntad que se concreta en la lucha por desalojar del Gobierno a las fuerzas políticas de derecha y que se alimenta de la esperanza de que un Gobierno de izquierda pueda hacer posibles realizaciones netamente favorables a los intereses de las clases populares.

Teniendo en cuenta estos aspectos, se puede decir que la corriente que pugna en favor de un Gobierno de izquierda es extremadamente contradictoria: tiene componentes reformistas (la presencia hegemónica de fuerzas reformistas) y componentes populares (la voluntad de cambio de las masas de izquierda, voluntad que se expresa a través de esquemas electorales pero que puede dar lugar a movimientos positivos y a un desarrollo de la conciencia revolucionaria en las masas, a través de la lucha).

Un partido comunista como el nuestro no puede ignorar ninguno de estos aspectos.

Este modo de apreciar el problema le ha de llevar a identificarse con lo que hay de positivo en esa corriente y a criticar lo que hay de negativo. Le llevará a considerarse parte de esa corriente, por cuanto tiene de movimiento popular de masas, y a distanciarse de ella, al propio tiempo, por lo que tiene de falsa vía al socialismo.

Unidad y crítica serán los dos polos que determinarán la actitud general de la izquierda revolucionaria ante este fenómeno.

4.— Habiendo en nuestra sociedad una corriente —difusa, contradictoria pero real— en favor de "un Gobierno de izquierda", ¿qué posición hemos de adoptar?

¿Nos desentendemos de ese tema, por los aspectos negativos que lleva consigo?

¿Nos unimos a esa corriente , sin unas posiciones propias, sin diferenciarnos de las que puedan sustentar los partidos reformistas?

¿Nos unimos a esa corriente, pero con unas concepciones particulares que permitan acrecentar en su interior el peso de la izquierda revolucionaria y de nuestra política?

De hacer lo primero, nos marginaríamos de las masas de izquierda, las dejaríamos bajo ia dirección absoluta del reformismo y renunciaríamos a actuar sobre el curso de los acontecimientos presionando no sólo desde fuera de esa corriente sino también desde dentro.

Lo segundo, nos conduce a ponernos a remolque del reformismo y, en definitiva, a abandonar en sus manos a las masas de izquierda.

Lo tercero es lo más acorde con nuestra misión: unirnos a las masas, allí donde estén, en sus movimientos concretos, con su nivel de conciencia, con sus virtudes y sus defectos, unirnos a ellas para impulsar sus luchas, desarrollar su experincia, hacer posible el enriquecimiento de su conciencia. ¿Y qué significa en este caso **unirnos a las masas?** Significa

---

(1) Temiendo esa prueba que pudiera perjudicar a la UCD, algunos sectores de ésta se han pronunciado por un Gobierno de concentración, Gobierno del que ya había venido hablando el PCE. Sobre este tema se publica un artículo en el número de Servir al Pueblo correspondiente a la segunda quincena de Septiembre.

(2) En todo momento estamos hablando de un posible Gobierno estatal. Es claro que los problemas que se plantearán con los Gobiernos autónomos serán en todo caso diferentes. Así, la inclusión de un par de ministros en la Generalitat de Catalunya pertenecientes al PSUC nunca tendría la misma importancia que la participación del PCE en un Gobierno central, que reuniría un poder mucho mayor y sobre todo el territorio estatal.

sencillamente luchar con ellas por que la izquierda llegue al Gobierno, reclamar con ellas ese objetivo. Ahora bien, significa hacer todo esto con unas posiciones propias, de acuerdo con nuestras metas revolucionarias, tratando de imprimir a esa corriente el mejor rumbo posible.

5.— Nuestra posición general, por lo tanto, ha de consistir en luchar por un Gobierno de izquierda, pero con unas posiciones no reformistas:

—Por un Gobierno de unidad de la izquierda;

—Por un Gobierno que inscriba en su programa objetivos favorables al derrollo del movimiento popular;

—Por un Gobierno que se apoya efectivamente en las masas, que se somete a su control, que no ahoga sus luchas, que facilita su organización;

—Por un Gobierno que extiende la democracia a terrenos inexistentes en las democracias burguesas, fomentando la creación de organismos democráticos de masas.

6.— ¿Entendemos que un Gobierno de estas características es un **paso obligado** para llegar al socialismo? No, en modo alguno. Para llegar al socialismo hace falta una revolución que derroque a la burguesía y desarticule su Estado. Las formas de acción que aparezcan en las fases preliminares al asalto revolucionario del poder de la burguesía, son difíciles de prefigurar.

Si nosotros hablamos de un Gobierno de unidad de la izquierda, si nosotros preconizamos eso, no es por considerar que se trata de un escalón obligado en la marcha hacia la revolución socialista. Si preconizamos eso es porque, al hacerlo, estamos levantando una **plataforma de acción política** para contribuir a la educación revolucionaria de las masas y para incidir en la situación política, y fijando un contrapunto a las posiciones reformistas sobre el Gobierno que habría de formar la izquierda.

## ACERCA DE LOS GOBIERNOS DE IZQUIERDA REFORMISTA

7.— La formación de Gobiernos de izquierda (3)en aquellos países en los que ha habido durante largos años Gobiernos de derecha suscita siempre ciertas tensiones, ciertas contradicciones. La intensidad de éstas depende del tipo de Gobierno de izquierda que sea, de las experiencias gubernamentales que se han registrado antes en el país en cuestión, de las circunstancias interiores e internacionales, de la presión del movimiento de masas, etc. (4)

Las contradicciones a las que nos referimos oponen al nuevo Gobierno con la burguesía, el imperialismo y el aparato estatal, encabezado pero no controlado por esa izquierda reformista. Por parte de estos tres grupos —burguesía, imperialismo y Estado— se ejerce una presión —espontánea, muchas veces, planeada, otras— con la finalidad de conseguir que ese nuevo Gobierno acepte las leyes supremas fijadas por la burguesía y que no vaya demasiado lejos. Se trata de obtener que se someta o, si no acepta los límites fijados, que se vaya y ceda su puesto a fuerzas más "seguras".

La experiencia histórica enseña que, por regla general, un Gobierno dominado por una o varias fuerzas reformistas carece de las condiciones necesarias para llevar adelante la lucha de clases que su misma creación puede promover. A ello contribuyen la propia naturaleza reformista de ese Gobierno y la falta de instrumentos para hacer frente a las presiones de la derecha.

8.— Los nuevos Gobiernos de izquierda que se han conocido en la historia han llevado a cabo determinadas medidas políticas parciales de carácter positivo, fruto de la acción combativa de las masas populares y de las corrientes más avanzadas que se encuadran en los partidos de la izquierda reformista. Estas medidas han tenido una importancia mayor o menor, según los casos.

La experiencia muestra también que si esos Gobeirnos, sin alterar profundamente su orientación reformista, han persistido en la realización de medidas positivas han acabado siendo derrocados.

En la mayoría de los casos, sin embargo, lo que ha ocurrido es que tales Gobiernos han ido abandonando sus declaraciones de izquierda, y más aún sus obras, y han acabado

(3) Cuando hablamos de Gobierno de izquierda reformista estamos aludiendo a posibles Gobiernos entre los que puede haber indudables diferencias: no es lo mismo que estén capitaneados por un partido socialdemócrata —como los nórdicos— que por un partido socialista aliado a un PC. Sin embargo pensamos que los Gobiernos de izquierda reformista tienen unos rasgos generales que conviene tener presentes.

(4) Experiencias de Gobiernos de izquierda que interesa estudiar son los siguientes: los Gobiernos de Frente Popular en Francia y en el Estado español, en 1936; los de coalición de la izquierda —incluídos los PC— en Francia e Italia, tras la II Guerra Mundial; el laborista británico también en la II posguerra; los Gobiernos provisionales portugueses, tras el derrocamiento del caetanismo; el Gobierno chileno de la Unidad Popular...

aceptando plenamente la legalidad burguesa, asumiendo el papel de gestores de los intereses del capital monopolista. Este fenómeno se ha podido constatar en los Gobiernos dominados por partidos llamados socialistas y por Gobiernos de coalición de la izquierda reformista en casi toda Europa occidental durante los últimos treinta años (5).

Estas experiencias no pueden caer en saco roto cuando se plantea la posibilidad de la formación de un Gobierno de izquierda en el Estado español.

No hay que olvidar, en fin, que esta situación puede producirse, en nuestro caso, en condiciones particularmente graves, en el marco de una crisis económica muy aguda, en Europa occidental y en el plano interior, y con un aparato estatal profundamente marcado por su origen fascista, en el que menudean las estructuras y las personas predispuestas para participar en todo tipo de provocaciones y maniobras derechistas. Todo esto ha de acrecentar los problemas ordinarios a los que se ve enfrentado un Gobierno de izquierda reformista.

9.— La tendencia de un Gobierno de la izquierda reformista a subordinarse a la legalidad burguesa puede tener efectos especialmente nocivos en un eventual período de intensificación de la lucha entre revolución y contrarrevolución.

Esta tendencia trae consigo una distorsión de la fuerza real de las masas populares —cuya expresión electoral es siempre menor a sus capacidades prácticas efectivas. Supone, asimismo, un freno para el movimiento popular al que se le obstruyen las movilizaciones que rebasan la legalidad vigente, dificultando así el empleo de todas sus fuerzas y su intervención en momentos vitales en los que resulta imposible tomar la iniciativa sin ir más allá de lo admitido por la legalidad democrática burguesa.

## ORIENTACION DE NUESTRA LABOR

10.— De acuerdo con la posición general esbozada en el punto cinco, un partido comunista, un partido revolucionario como el nuestro ha de vincular los temas de mayor interés político en la actualidad (lucha por una Constitución democrática, autonomías y federalismo, República, saneamiento del aparato estatal, medidas económicas, etc.) a la acción en favor del triunfo de la izquierda y de un Gobierno de izquierda.

Igualmente, ha de:

— Incrementar la acción en pro de la unidad de la izquierda. Ello responde a un deseo sentido por las masas y ha de jugar un papel de primer orden en la evolución de la situación caso de lograrse una mayoría electoral y un Gobierno de izquierda. Cuanto más amplia sea esa unidad, menor será la libertad de las corrientes reformistas para practicar una política de colaboración de clase. Conviene, en este sentido, hacer una labor sistemática en contra de la idea de formar un Gobierno de izquierda sobre la base de uno sólo de los partidos de izquierda, es decir, del que aparece como la principal fuerza electoral de la izquierda. Desde este punto de vista deberá abordar la izquierda revolucionaria el problema de su política de alianzas de cara a las elecciones para parlamentos autónomos en las nacionalidades y en las regiones en las que se creen organismos representativos autónomos.

— Impulsar la organización de los movimientos de masas y redoblar los esfuerzos unitarios. El grado de organización y de unidad de los movimientos de masas ha de influir seriamente en la política de un Gobierno de izquierda y, en términos generales, en todas las luchas políticas que se produzcan. La división de las masas no puede sino ampliar el margen de maniobra de la burguesía y de las corrientes reformistas, y paralizar las energías del movimiento popular.

— Elaborar y difundir programas de realizaciones para ese posible Gobierno de izquierda, acordes con el propósito de reforzar la posición de las fuerzas que luchan por el socialismo. La concreción y la popularización de estos programas (de carácter político,sectorial o parcial, económico, etc.) han de unificar y afirmar las exigencias que los sectores de la izquierda de las masas han de hacer a ese Gobierno.

— La izquierda revolucionaria, igualmente, habrá de prestar una mayor atención a la labor en relación con el aparato estatal, en vistas a ganar para la causa del socialismo a los sectores del Estado que sea posible.

11.— En el caso de llegar a formarse un Gobierno de izquierda, la actividad del movimiento revolucionario habrá de orientarse hacia el logro de los siguientes objetivos:

---

(5) Esto ha ocurrido con todos los Gobiernos de la izquierda reformista en Europa desde la II Guerra Mundial. Los Gobiernos provisionales portugueses de después de Abril de 1975 son la única excepción. Pero hay que apuntar que éstos eran Gobiernos formados gracias a un golpe de Estado progresista y contando entre sus miembros elementos revolucionarios, lo que hizo que se conjugaran frente a ellos todas las fuerzas reaccionarias hasta sustituirlos por el Gobierno "socialista" de derecha de Mario Soares.

— La ampliación de las libertades democráticas para las clases populares y de sus dechos. Otro tanto cabe decir en relación a los derechos de los pueblos. Habrán de plantearse también los temas constitucionales de mayor interés que queden pendientes: decisión libre sobre la forma de Gobierno (República o Monarquía), estructura federal del Estado, nuevos cauces democráticos que permitan una participación de las masas en la política imposible en el régimen actual, establecimiento de formas de intervención y de control de las masas populares sobre la gestión pública y la economía, extensión de sistemas de autodefensa popular, etc. Es de sumo interés que los movimientos populares exijan, asimismo, del Gobierno un sistema de financiación de su actividad (locales, prensa, etc.) a cargo del Estado, sin el cual su labor se verá inevitablemente constreñida por imperativos económicos.

— La puesta en pie de organismos populares unitarios capaces de representar en todo momento y del modo más directo a las masas populares y de permitir una acción política de éstas en todos los terrenos.

— La toma de medidas por parte del Gobierno destinadas a ejercer el mayor control posible sobre las diversas esferas del aparato estatal, cosa imprescindible para democratizar la vida política y para prevenir las maniobras contrarrevolucionarias.

— La aplicación de unas medidas económicas que partan de las necesidades y de las aspiraciones de las clases trabajadoras y de los pueblos del Estado español.

El valor de estos objetivos debe medirse, en todo caso, por sus efectos sobre la lucha de clases pudiendo ser considerados como positivos todos aquellos que permitan un reforzamiento del movimiento popular y un debilitamiento de las posiciones de la burguesía.



## ESQUEMA PARA EL ESTUDIO DEL LIBRO DE SANTIAGO CARRILLO "EUROCOMUNISMO Y ESTADO"

La mayor parte de las ideas de este libro estaban contenidas ya en textos anteriores de Santiago Carrillo tales como *"Después de Franco ¿qué?"*, *"Nuevos enfoques a problemas de hoy"*, *"Libertad y socialismo"*, *"Mañana España"*, etc. Su principal interés reside en que esas ideas se encuentran aquí más desarrolladas que en otras ocasiones, siendo por lo tanto el texto más adecuado para estudiarlas.

El grueso de estas notas está destinado a destacar los aspectos más significativos de la vía "eurocomunista", no examinándose cuestiones de interés secundario –desde este punto de vista– como pueden ser la valoración que se hace de la experiencia de los Frentes Populares o los juicios que se emiten sobre el régimen de la Unión Soviética actual.

En primer lugar, destacaremos algunas insuficiencias graves en lo tocante al análisis que hace Carrillo de la sociedad y del Estado en el mundo occidental contemporáneo. En segundo término, resumiremos los ejes de la orientación política trazada por Carrillo. Finalmente, señalaremos algunas de las argucias demogógicas que emplea el autor en el libro –y que, en general, ha venido utilizando desde hace bastantes años– para hacer valer su línea política y desprestigiar las posiciones de sus adversarios.

### UN ANALISIS SUPERFICIAL Y UNILATERAL

En la página 17 escribe Santiago Carrillo: *"Se impone, particularmente, el estudio del Estado actual y, sobre todo, de las posibilidades de transformarlo por una vía democrática..." (léase por una vía que respete la legalidad y los cauces parlamentarios establecidos por la burguesía).* Esta frase revela bastante del espíritu con el que aborda Carrillo el análisis de los Estados y de las sociedades europeo-occidentales contemporáneas. El análisis está en algún modo supeditado a la búsqueda de datos,hechos, referencias que permitan demostrar la viabilidad de la vía parlamentaria. Esta actitud –la de poner por delante el deseo de confirmar lo que en principio no es más que una idea preconcebida– vicia profundamente el análisis. No se acude a la realidad para descubrir todo lo que hay en ella, sin prejuicios, sino que se le pide que aporte pruebas contundentes sobre la justeza de una política trazada de un modo más bien abstracto. Es así como se toman de la realidad preferentemente aquellos aspectos superficiales, parciales, unilaterales que mejor encajan con las posiciones establecidas a lo largo de estos últimos años, al tiempo que se ignoran u omiten hechos y fenómenos cuyo análisis lleva a poner en cuestión elementos fundamentales de la política "eurocomunista".

Los Estados contemporáneos –según Carrillo– siguen una trayectoria esperanzadora. Sus dimensiones, tan grandes, y el hecho de que hayan de reclutar su personal en buena medida entre las clases populares, los hacen más permeables a las corrientes progresistas que atraviesan la sociedad.

> *"...Esa contradicción entre sociedad y Estado, dadas las dimensiones y las características actuales del aparato del Estado, se puede y se debe concretar más en una crisis en el interior de ese aparato, cuyos integrantes provienen, en su gran mayoría, de las clases lesionadas y están, en realidad, en una situación semejante a la de éstas (...). Las corrientes ideológicas y políticas que se desarrollan en la sociedad tienen nuevas posibilidades de penetración en el aparato estatal y de conquista de sectores importantes de éste" (Página 33).*

Se constata una realidad innegable: la crisis de la sociedad encuentra un reflejo en el interior del aparato estatal. Hay posibilidades de penetración en él y de conquistar a sectores del mismo para la causa del socialismo. Todo ello es muy cierto, pero si solo se apunta esto –como hace Carrillo– queda la impresión de que este fenómeno abre las puertas para la **conversión completa o poco menos** del aparato estatal de la burguesía. En ningún mo-

mento indica que se dan otros fenómenos paralelos que dificultan la labor de las fuerzas progresistas en el interior del aparato estatal: creciente concentración de poderes en casi todos los Estados, mayor estratificación, jerarquización muy estricta, control, selección y depuración rigurosos. Es necesaria la labor en el interior de los aparatos estatales. Hay puntos que la favorecen y puntos que la obstaculizan. Carrillo insiste unilateralmente en los primeros y no repara apenas en los segundos. Esta es una constante de sus análisis.

Los Ejércitos antes —según Carrillo— constituían una casta inaccesible. Hoy, por su volumen, su tecnificación, su formación cultural, etc. (páginas 77 y siguientes), son más permeables a la sociedad civil. También en este caso señala hechos reales, pero no valora debidamente otras circunstancias importantes: su mayor experiencia en la acción contrarevolucionaria —que se traduce en una cristalización de estructuras y planes "antisubersivos" particularmente peligrosos para la democracia—, el reforzamiento de los mecanismos de control de la tropa, la internacionalización relativa de las políticas de defensa occidentales... Al referirse a las vinculaciones entre los jefes militares y el capital monopolista, lo hace en pasado, como si se tratara ya de una situación superada o a punto de serlo:

*"Para interesar directamente al ejército en sus propios fines, la clase dominante atraía a una parte de los altos mandos, cúspide de la pirámide de la disciplina militar, a los consejos de administración de las empresas, a la participación directa en los negocios..." (P. 86 y 87).*

El desarrollo de las fuerzas productivas y la agudización de las crisis del capitalismo se consideran solamente bajo el ángulo de la maduración de las **condiciones económicas y materiales** para la edificación del socialismo. La conclusión que se deriva de su análisis (P. 59 y siguientes) es que esta situación nos pone en las puertas del socialismo. Olvida, por lo tanto, la otra cara de la moneda, no menos importante que ésta: la exacerbación de las contradicciones del capitalismo en el plano económico tiene una traducción en el orden político: la agudización de la lucha de clases y de los conflictos internacionales, así como el reforzamiento de los baluartes defensivos de la burguesía y, en especial, de sus aparatos estatales.

Carrillo insiste en la maduración de las condiciones económicas para construir el socialismo, pero no tiene en cuenta que esa misma maduración, unida a las perspectivas de crisis particularmente agudas, va a dar lugar a una política represiva de las clases reaccionarias, poco compatible con la versión idílica y apacible que da de la marcha hacia el socialismo.

Es curioso que Carrillo no examine la evolución de los aparatos estatales europeos, a lo largo del siglo XX, en relación con los períodos de crisis del capitalismo. ¿Cómo puede ignorar que esos períodos han llevado consigo un endurecimiento de la lucha política y el desarrollo de las tendencias autoritarias o fascistizantes dentro de los aparatos estatales que aseguran la dominación de la burguesía?

Carrillo considera inimaginable una "catástrofe bélica o económica-política". En la página 36, afirma que es *"difícil de imaginar hoy en los países desarrollados una catástrofe bélica o económica-política"*. Este es un aspecto en el que insiste una y otra vez apelando, casi siempre, a lo terrible que sería tal catástrofe, razón por la cual se supone que será evitada.

Carrillo aborda la crisis capitalista desde un punto de vista economicista: el capitalismo se agota, no ofrece ya lo que podía ofrecer antes, entra en contradicción cada día más aguda con los intereses de "la sociedad", luego habrá que remplazarlo por el socialismo. Capitalismo y socialismo son, al parecer, dos sistemas técnicos; cuando uno no funciona se cambia por el otro. No se analizan desde un punto de vista de clase: capitalismo-dominio de la burguesía, socialismo-dominio del pueblo trabajador. De ahí que la crisis del capitalismo ha de conducir, según él, lógicamente, a que sea reemplazado, sin más traumas ni graves confrontaciones, por el socialismo. Al leer el libro de Carrillo se saca la impresión de que la burguesía no está empeñada en defender —a vida o muerte— el capitalismo, es decir, en defenderse hasta el fín, con todos los medios a su alcance.

Al mismo tiempo, entiende que la evolución de los Estados no va en ese sentido, no se sitúa en la óptica de una posible "catástrofe" o crisis aguda. Y, sin embargo, el ánalisis de la historia reciente de los Estados burgueses contemporáneos —no vamos a insistir ahora en ello; remitimos a los escritos en que se abordaba esta cuestión— nos muestra todo lo contrario: en la burguesía existe una conciencia de que vamos a confrontaciones muy agudas entre las fuerzas del capitalismo y las del socialismo y esto ha tenido una repercusión evidente en la estructura, funcionamiento y control de los Estado occidentales.

Llama la atención que Carrillo pretenda que en Francia ha habido una mejora en la evolución interior del aparato estatal araíz de 1968 (p. 68), cuando precisamente es tras el movimiento de mayo-junio de ese año cuando se observa una depuración considerable en

los aparatos propagandísticos e ideológicos estatales y un reajuste —en sentido netamente contrarevolucionario— del funcionamiento de los aparatos armados. Nuestros análisis, ciertamente, no coinciden. Por otro lado, Carrillo se limita a hacer afirmaciones sobre cuestiones de tanta trascendencia, sin poder aportar hechos que confirmen sus tesis. Todo lo más que cita, con este fin, es que, recientemente, hubo manifestaciones de policías en París contra el plan de austeridad del Gobierno Barre y que entre ellos hubo *"un debate en el que se cuestionaba de nuevo su papel en la sociedad"*. Al hablar del Ejército francés no tiene muchos datos concretos a los que recurrir, por lo que se ve obligado a apuntar que entre los altos mandos *"se expresan disensiones en el terreno profesional, sobre doctrina. Pero ello es natural. A esos niveles los conflictos se expresan lógicamente en ese terreno..."* (P. 68). Claro que es natural, pero de ahí no se puede deducir que el Ejército francés marcha por el buen camino. Al referirse a Italia, el único hecho concreto que señala es que **"Parece** *comprobado que en las últimas elecciones, en Roma, por ejemplo, una parte importante de las fuerzas de orden público votaron por el PCI"*. En la misma línea se subraya la importancia —evidente, por otro lado— de la existencia de la sindicación entre los soldados holandeses y del reconocimiento del derecho a sindicarse de los funcionarios en los países capitalistas desarrollados (todo ello en la página 69). Nosotros no podemos disminuir el significado democrático de estos dos últimos hechos y nuestra acción política ha de prestar una gran importancia al logro de esos y otros objetivos parecidos. Pero resulta fraudulento pretender demostrar que los Estados burgueses contemporáneos siguen una trayectoria esencialmente positiva tomando pie en esos datos únicamente.

Un análisis global de la evolución que vienen siguiendo tales Estados en los últimos años permite constatar hechos positivos que no podemos ignorar y que debemos esforzarnos por multiplicar, pero lleva también a la conclusión de que esos Estados caminan hacia una afirmación y desarrollo de sus rasgos autoritarios, represivos, antidemocráticos. Son los Estados, en definitiva, que corresponden a una época de concentración monopolista y de graves crisis económicas internacionales e interiores.

## DOGMAS REFORMISTAS

Carrillo ha recalcado hasta la saciedad que su línea es profundamente antidogmática. Se ha presentado como el primer destructor de dogmas. Tal rasgo forma parte de su semblante oficial, de su imagen comunmente admitida. Carrillo aparece, frente a los dogmáticos de todos los colores, como el político innovador, creativo, que no se sujeta a ningún dogma.

No obstante, un estudio de la acción política y de la obra de Carrillo, permite entrever —a través de los virajes accidentales— su afianzamiento sistemático en los dogmas reformistas que han ido forjándose a lo largo del presente siglo.

No todo lo que hay en el libro, ciertamente, son cosas conocidas. A veces se emplean fórmulas y argumentos relativamente nuevos para apoyar tesis que no son tan originales. En ocasiones, incluso, se presentan determinados puntos de vista reformistas que suponen una cierta variación con respecto a posiciones anteriores, aunque dentro de una misma óptica reformista.

Así, por ejemplo, subraya sobremanera su concepción de ir a por la hegemonía poco menos que total de los aparatos ideológicos estatales. Desde luego, sería erróneo atenuar la importancia que reviste la acción en pos de la atracción hacia la causa del socialismo de la mayor parte posible de los sectores que integran los aparatos ideológicos de la burguesía, especialmente en sociedades con un evidente desarrollo de tales aparatos como son las del occidente europeo. No nos extenderemos en esta cuestión de la que hemos solido hablar en otras ocasiones y en la que deberemos seguir profundizando. La posición de Carrillo al respecto no nos parece errónea, por lo tanto, por lo mucho que insiste en este punto, sino por el modo en que lo enfoca.

Para él, aparece como un objetivo realista el apuntar hacia la utilización de la casi totalidad de los aparatos ideológicos al servicio del socialismo, es decir, la conversión de su función actual —de defensores del capitalismo— en su función contraria. Al comienzo del libro habla de esta posibilidad con cierta prudencia, pero a medida que avanza en su redacción va perdiendo el sentido de la medida y pasa a proponerse la conquista de "la mayor parte **posible"** de esos aparatos (cosa perfectamente positiva, naturalmente) a **contar, como pieza clave dentro de su estrategia,** con la apropiación del grueso de esos aparatos por medios estrictamente pacíficos y antes de haber arrebatado a la burguesía su poder político y económico. Puede ser útil comparar varias frases sobre este particular, expresivas de la citada evolución de las posiciones de Carrillo a lo largo del libro:

*"La estrategia de las revoluciones de hoy, en los países capitalistas desarrollados, tiene que orientarse a dar la vuelta a esos aparatos ideológicos, a transformarlos y utili-*

*zarlos —si no totalmente, en parte— contra el poder del Estado del capital monopolista (P. 36).*

En la página 44 sigue aspirándo a ese objetivo como algo parcial:

*"...La siembra de ideas marxistas y progresistas en sus cursos (en la Universidad) es uno de los medios más eficaces para asegurar el dar la vuelta, por lo menos parcialmente, a esos aparatos".*

En la página 66, el objetivo aparece ya sin ninguna restricción:

*"Ya nos hemos referido —escribe— a los aparatos ideológicos de Estado, a la posibilidad, a la necesidad, de desarrollar una lucha en los diversos terrenos para volverlos del revés, para utilizarlos contra la sociedad capitalista".*

La cuestión tiene cierta gravedad no sólo por cuanto encierra de análisis subjetivista —al creer en la posibilidad de controlar el conjunto de los aparatos ideológicos de la burguesía antes de la revolución— sino porque, como decíamos antes, de que se logre ese objetivo —dentro de esa orientación— depende el que pueda construirse el socialismo.

En efecto, el razonamiento de Carrillo es el siguiente: una vez que las fuerzas del socialismo arrebatan a la burguesía el control de los aparatos ideológicos, acabarán entrando en vereda también los aparatos armados, represivos o, como él les llama siempre, coercitivos.

*"...Dentro de este Estado (capitalista), sobre todo si conseguimos que los aparatos ideológicos vayan volviéndose contra él, esta concepción puede ganar progresivamente a sectores militares muy amplios..." (P. 90-91).*

Más claro es en la página 67, donde afirma que:

*"...El punto de partida para ésta (la democratización del aparato de Estado) reside precisamente en lograr que la ideología burguesa pierda la hegemonía sobre los aparatos ideológicos".*

Se trata, por consiguiente, de una cuestión que ocupa un puesto privilegiado en toda la "vía eurocomunista".

Lo que Carrillo no trata de mostrar en ningún momento es a través de qué proceso concreto y por qué razones precisas resulta hoy posible hacerse con la hegemonía sobre los aparatos ideológicos del Estado burgués. Todo lo más, en la página 62, apela a la maduración de las contradicciones del capitalismo como base para esperar que sea posible hacerse con los aparatos ideológicos estatales:

*"Eso es lo que nos proporciona hoy una base material para plantearnos la tarea de volver contra la actual sociedad de clases los aparatos ideológicos en que se aposenta su Estado".*

Es poco. A la hora de citar antecedentes concretos de esa posibilidad, la argumentación es aún más pobre, como cuando alude al caso Watergate (*"sin que estén claros todavía los factores determinantes del caso"*, advierte, curándose en salud),

*"...en el que ciertos aparatos ideológicos de la sociedad entraron en conflicto abierto con los aparatos coercitivos y obtuvieron una victoria —aunque limitada— sobre éstos..."*

Sigue siendo muy poco para probar lo que pretende. Evidentemente, en el caso Watergate entraron en conflicto aparatos ideológicos y coercitivos, expresando en buena medida el desgaste político del Presidente Nixon y la lucha entre los clanes "republicano" y "demócráta". Tratar de ver ahí un reflejo de la pugna entre las fuerzas del capitalismo y las del socialismo resulta un tanto burdo. Al igual que la pretensión de interpretar ese hecho como un anticipo de la victoria de los aparatos ideológicos —ganados para la causa socialista— sobre los aparatos armados.

Menos "originales" que todo esto son sus restantes posiciones sobre la vía al socialismo. En el libro se encuentran, como decíamos al comienzo, las ideas básicas del reformismo europeo no solo actual sino de todo nuestro siglo y del último cuarto del siglo pasado. ¡Lástima que el desconocimiento de la historia del reformismo permita aparecer como nuevo lo que no es sino un envase moderno para un producto más bien añejo!

El libro recoge las posiciones básicas del reformismo contemporáneo. Entre ellas podemos destacar las que siguen.

La revolución —como derrocamiento por la fuerza de la burguesía— es hoy impensable. Lo fue al comienzo de la revolución socialista mundial, en Octubre de 1917, pero hoy ya no lo es. Para "colocar" estas ideas, Carrillo emplea una línea de persuasión con varios eslabones.

Empieza por distorsionar los puntos de vista de sus adversarios de izquierda. La destrucción del Estado, preconizada por la izquierda revolucionaria es presentada por Carrillo como la destrucción **total** del Estado burgués. Al añadir ese malintencionado y absurdo **total** falsea el punto de vista marxista y leninista para poder refutarlo mejor. Pero, ¿quién ha hablado de destrucción **total**? Se extrema la posición del contrario para mostrarla como irrealista, utópica, etc. En el mismo sentido, cuando habla de anteriores revoluciones, dice que **destruyeron frontalmente** a los viejos Ejércitos (P. 83). Esta destrucción **total y frontal** la califica Carrillo de imposible, luego la alternativa es **convencer** a los jefes militares para que se sumen a las filas del socialismo o **resignarse** a que nunca haya socialismo, como escribe expresamente en la página 83. Cabrían, sí, otras dos posibilidades de que el socialismo no resultara de una evolución gradual y pacífica sino de una revolución armada.

Esto sería posible, en primer lugar, en el marco de una guerra internacional, pero tal eventualidad —para Carrillo— no es previsible en Europa occidental (luego volveremos sobre este punto pues tiene bastante miga).

La otra posibilidad vendría dada por la resistencia violenta de las fuerzas antisocialistas. Si se produjera esta resistencia y llegaran a verse abolidas las libertades democráticas, entonces sería obligada una revolución armada como único camino para acceder al socialismo.

*"Puede suceder que en un momento dado — dice en la página 98— sea necesario reducir por la fuerza resistencias de fuerza..."*

Más preciso es en la página 168:

*"...No descartamos de ninguna manera la posibilidad de llegar al poder revolucionariamente, si las clases dominantes cierran los caminos democráticos y se produce una coyuntura en que esa vía sea posible".*

Puede ser preciso recurrir a medios propiamente revolucionarios en vistas a derrocar a las clases dominantes por la fuerza, sostiene. Desde luego se trata de una posibilidad muy remota, según Carrillo. Prueba de ello es que en su análisis de la evolución de la situación en Europa occidental se afirma precisamente una perspectiva contraria a esa, una perpectiva de paz y de democracia. Pero lo más llamativo, una vez más, es que Carrillo se limita a decir que **puede ser necesario** recurrir a la fuerza sin que nos diga prácticamente nada de los pasos que piensa que han de darse para reunir una fuerza con la que poder defenderse. Porque la fuerza —en este caso estamos hablando de fuerza armada—, como todo en este mundo, sufre un proceso de nacimiento, crecimiento y maduración. La fuerza se construye de acuerdo a un plan, a un método, a una política. Y esta es una de las grandes ausencias de la política de Carrillo. Anuncia que ellos también serán capaces, si hace falta, de defenderse y de atacar, de hacer uso de la fuerza, pero no se dice nada de qué fuerza va a ser esa.

Lo cierto es que Carrillo no admite que la resistencia contrarrevolucionaria de la burguesía es un episodio obligado en todo proceso revolucionario y que la acumulación de fuerza armada —dentro y fuera del aparato estatal— para hacer frente a esa reacción es una condición indispensable para llegar al socialismo.

No abundaremos en este extremo, del que tanto hemos solido hablar. Nos limitamos a constatar que las posiciones de Carrillo sobre este particular no experimentan el menor cambio en el libro que comentamos.

## ARGUCIAS Y CONFUSIONES

Al examinar la obra de Carrillo —este libro y los anteriores— resulta inevitable detenerse en algunos recursos demagógicos que aparecen insistentemente en sus escritos.

Es notable, por ejemplo, su tendencia a plantear **falsas disyuntivas** entre sus propias posiciones (presentadas siempre como el no va más del realismo político) y las del contrario, previamente deformadas o ridiculizadas. Tal vez el caso más llamativo de utilización de este método es cuando, en la página 97, opone su idea de la democratización gradual, pacífica y legal del Estado a la de ir a la formación de un Estado revolucionario. Dice así:

*"Esta concepción del Estado y de la lucha por democratizarle presupone la renuncia, en su forma clásica, a la idea de un Estado obrero y campesino; es decir, de un Estado montado de nueva planta trayendo a sus oficinas a los obreros que están en las fábricas y a los campesinos que trabajan la tierra y enviando a ocupar su plaza a los funcionarios que hasta el momento trabajan en las oficinas".*

Carrillo, desde luego, se libra muy mucho de indicar qué autor marxista ha sostenido semejante idea de cambiar globalmente los sectores administrativos por los obreros y por

los campesinos, que dejarían las fábricas y las tierras para que se ocuparan de ellas los funcionarios.

Ridiculizando la justa idea de un nuevo Estado, controlado por el pueblo trabajador y en el cual éste tenga una participación activa y real, hace aparecer como "razonable" su propósito de dar el Estado actual como punto de partida aceptable para marchar hacia el socialismo.

Carrillo tiene costumbre, también, de **identificar cosas de diferente naturaleza.** Así ocurre cuando identifica democracia burguesa con democracia en general, sufragio universal bajo el poder de la burguesía con sufragio universal en general, como si no fuera imaginable otra forma de democracia u otra forma de sufragio universal que los que se han practicado en los regí;nenes capitalistas parlamentarios.

Nosotros, que apreciamos en lo que vale la democracia política o formal tanto antes como después de la toma del poder, consideramos que es imprescindible diferenciar la democracia en ambos casos. En los dos tiene una plasmación jurídica común (reconocimiento de derechos individuales y sociales) pero su contenido es esencialmente distinto. En los dos casos es necesaria. Pero nunca es igual. No es lo mismo la libertad de reunión, de prensa o de asociación cuando la burguesía tiene el poder económico, la prensa y un Estado que le es fiel, que cuando el pueblo trabajador ejerce realmente el poder, y el Estado, la prensa, la televisión, los locales para reunirse, etc., son suyos.

Carrillo pasa por alto este hecho, confundiendo constantemente democracia con democracia burguesa. Los efectos de esta identificación son graves, pues siembra la confusión entre las masas, que son invitadas a admitir la democracia burguesa como una "buena democracia", y a aceptarla como marco adecuado al que ha de ceñirse la lucha por el socialismo.

Y este es otro aspecto de la cuestión no menos importante. Carrillo no cesa de llamar "vía democrática" a lo que en realidad debería definirse como "vía interior", como vía sujeta a las trabas y limitaciones de los regímenes burgueses parlamentarios. Y esto no es necesariamente muy democrático pues todo régimen burgués distorsiona las fuerzas reales del pueblo trabajador, las reduce en su expresión electoral, limita la capacidad de intervenir en las grandes decisiones a las masas trabajadoras. Por otro lado, Carrillo adopta un punto de vista estrictamente burgués cuando, al calificar su política de "vía democrática", condena como antidemocrática toda acción de masas que no se manifieste a través del régimen electoral burgués, en el interior de la legalidad burguesa, dentro de lo cauces rígidos y muy poco democráticos previstos para la participación de las masas en la acción política en los países de Europa occidental. Según esto, las grandes revoluciones —ninguna de las cuales ha respetado la "vía democrática"— deben ser consideradas como antidemocráticas. Al igual que los movimientos de masas, armados o desarmados, pacíficos o violentos, que, en su ascenso, en su desarrollo, rompen total o parcialmente con la legalidad democrático-burguesa. Poco importa que esos movimientos defiendan los intereses de millones y millones de personas; poco improta que su acción den lugar a un nuevo régimen democrático y socialista.

Carrillo suele establecer, igualmente, **correlaciones de ideas aparentemente lógicas,** en las que abundan las piezas defectuosas. Veamos un par de casos tomados de "Eurocomunismo y Estado".

Para sostener que hay que aceptar la pervivencia del **actual Ejército** asciende los siguientes peldaños:

*Llegará un día en que todo Ejército desaparecerá;*

*Pero no ha llegado el momento todavía: existen peligros diversos que obligan a los países a tener fuerzas armadas;*

*Por eso nosotros —sigue Carrillo—, que no somos antimilitaristas, pensamos que hay que conservar el Ejército, aunque sin duda habrá que lograr ciertas transformaciones en él.*

Casi todo es perfectamente razonable y coherente. La trampa está en pasar de lo general a lo particular. Claro que hace falta un Ejército, **pero no por eso hay que aceptar el que ya hay.** El problema no es el de saber si se necesita un Ejército sino el de determinar **cuál es el Ejército que hace falta,** y este problema, naturalmente, dista mucho de ser puesto en primer plano por Carrillo.

Otro tema que merece un tratamiento similar es el de **la guerra y la revolución,** al que nos hemos referido más arriba.

He aquí la línea de argumentos de Carrillo:

*La revolución no es concebible más que en el marco de una nueva guerra;*

*Una guerra, hoy, en Europa, sería obligatoriamente una guerra nuclear total;*

*Pero como nadie está loco ("en el estado actual de los armamentos, esto sería el suicidio de todas las clases en pugna", página 83) hay que descartar la posibilidad de que se produzca esa guerra;*

*Por lo tanto, vale más dejar de pensar en la revolución.*

En esta ocasión fallan todos los eslabones: ni queda demostrado por qué revolución y guerra deben ir juntas, ni se molesta en probar por qué una guerra hoy en Europa ha de ser necesariamente total (**ni siquiera menciona** la posibilidad de una guerra localizada en la que se emplaran armamentos tácticos, de destrucción limitada); ni vale, por lo tanto, el argumento de que "nadie está loco para querer una destrucción total" porque podría tratarse de una guerra no-total.

Se observa una forma de razonar, de argumentar, en la que la ligereza es patente.